

Construir el Paraíso

Miguel Ángel Baldellou

Desde la expulsión de Adán y Eva del Paraíso, la permanencia fuera de aquel lugar nos tiene en su perpetua añoranza.

Retornar a él es el sueño de sus descendientes. Y los arquitectos, desde entonces, intentan reconstruirle a la escala de sus posibilidades, "a su imagen y semejanza". Reflejan, con arreglo a su imaginación —es decir, de acuerdo a lo que previamente conocen—, su idea de Paraíso en lo que construyen.

Si es un lugar imaginario, y por lo tanto obedece a una idea, su formalización es la aspiración ideal del arquitecto. Con diversa eficacia, cada una de nuestras obras va frustrando sin embargo esa ambición genérica. Queda siempre, no obstante, como posibilidad, el conseguirlo.

En ningún tema se plantea de forma tan inmediata como en el de la vivienda unifamiliar. Por ello, algunas se nos muestran a través de su formas, como una representación del Paraíso. Podemos entenderlas como proyectos para su construcción. En ellos, el arquitecto ejerce de mediador y parte. Sin embargo, las actitudes frente a esa aspiración son muy distintas. Desde quienes con "la cabeza fría y el corazón caliente" se implican en un compromiso profesional y humano, hasta quienes con el corazón y la cabeza fríos resuelven un problema profesionalmente interesante. También hay quienes hacen de ese trabajo algo psicológicamente más profundo y se dejan en él, literalmente, la piel.

El papel del usuario puede pasar a ser, según los casos, el del cliente, el amigo, o la otra cara de uno mismo.

Es cuestión de distancia. A la larga, media o corta, el arquitecto "se la juega" de distinta manera.

La historia reciente nos ha dado ejemplos magníficos en cualquiera de estos niveles de proximidad. Algunos de ellos se plantean como irrepitibles al responder a circunstancias que lo son, derivadas de las condiciones del sitio, del programa y, en cualquier caso, de la intensidad de la respuesta. Es precisamente este último elemento el que marca la diferencia y hace irrepitible la experiencia. Encargos "normales", de los que no cabe esperar en principio respuestas emotivas, han llenado capítulos básicos de nuestra memoria más querida.

A veces el propio arquitecto asume el doble papel de proyectista y cliente. ¿Es ésta una aspiración generalizada entre nosotros? ¿Construir la propia casa es inseparable para nosotros de la construcción de la familia? ¿Cómo es, o debe ser, la casa del arquitecto? ¿Y su familia? Sí "mi casa" resumía la añoranza de E.T. (no así "su" teléfono), ¿la de un arquitecto se materializa en cada una que construye? Mi maestro sostenía que un arquitecto no debía jamás construir su propia casa. Creo, además, que aunque así sucediese, si se comparte, como la propia vida, nunca podría considerarse enteramente suya. Y cuando esto no ha sucedido —casa Barragán, por ejemplo—, asalta la sospecha de no ser una casa sino una "cosa", un objeto museable, al margen de su excelencia formal, pensado como altar en el que enmarcar nuestra propia imagen virtual.

En cualquier caso, la aspiración a construir la propia casa, y

con ella dar marco al propio mundo, como paraíso particular, además de lícita es una experiencia que ha dado lugar a hermosos ejemplos.

Existe además un grado de implicación mayor, el que impone asumir la distancia más corta. Conoci en Septiembre pasado, cuando ya suponía que la sorpresa no era posible, tras un curso de posgrado impartido en México, la casa que un arquitecto local construyó para sí mismo en un lugar casi virginal. Como la casa. Como el autor y constructor. Como sus operarios. Tan ajustada a las medidas y a las condiciones, que el ideal se confundía con la respuesta. Construida como una vasija que contiene la vida, se desajusta tanto de nuestros modelos de pensamiento y nuestros convenios, que juzgarla resulta, desde ellos, casi impertinente. Es original, en cualquier caso, en el sentido gaudiano. Con el maestro de Reus, por cierto, tiene su autor, Danilo Verás, profundas resonancias; como con Jujol, según él, sus preferencias. Y con Dalí, añadido. Surrealismo: sueño y realidad confundidos. Como naturaleza y arquitectura. Tierra construida, trabajada con las manos, como alfarero sin torno, lejos de la geometría, con una razón anterior al raciocinio, tan poderosa como la necesidad.

Hecha de barro, pertenece por ello al terreno en el que se asienta. "Modelada" a mano, responde a la medida del cuerpo y sus extensiones con una exactitud natural, no forzada. Su organicismo afecta a la articulación espacial y a sus posibilidades de crecimiento, no ilimitadas, sino "económicas".

La estancia en la casa supuso para mí una experiencia extraña. Se adaptaba de forma flexible al movimiento de su autor en ella. La casa abrazaba, envolvía, conducía la vida en su interior (sin forzar la acción a la que pertenecía). Los habitantes parecían pertenecerle, eran parte de ella. Todo debía estar allí antes de su construcción o de su florecimiento. También, pensé, que estaría allí cuando desapareciese. Era una casa-cuna, una casa-morada, una casa-ataúd. Curiosamente, el sueño parecía dominar el ritmo pausado del tiempo transcurrido y anunciaba quizás que nunca volvería. Una corriente de sensaciones adormecidas despertaban en mi interior. Como si ya, en algún momento no identificado, hubiese estado allí. Me resultaba naturalmente "conocida" por una vía no ilustrada.

Desde su interior se presentía, se sentía, el exterior. Me lo expliqué utilizando para ello el sentido unitario de las dos caras de su límite envolvente, no "desdoblado", y sin interior (sin dobleces), al contrario que ha intentado nuestra cultura, racionalizando y separando, o haciendo cada vez menos complejas sus "láminas" y su yuxtaposición menos unitaria, o "coherente" su propio interior.

Le pedí al autor los planos de su casa. No existían. Se había ido haciendo al hacerse. Intuyendo direcciones, superficies, medidas, texturas y matices. Tuvo que dibujarlos exprofeso para nosotros.

Estaba tan distante la obra a un proyecto definido a priori que cuesta aceptarla como tal. Es, mejor, un sedimento material del acontecer como construcción.

Tan lejos de la necesidad física de lo popular como de la Idea del artista. Tampoco es metafísica.

Un poso cultural de sencillo rastreo puede inducirnos a error. Las lecturas-visiones de un Gaudí-Jujol son sólo un modo de aproximación no definitivo. El modo de Verás tampoco es manierista y carece de "método", entendiendo por ello una regla anterior. Simplemente discurre la intuición en el tiempo, atendiendo a una urgencia interior, con la pausa precisa de quien no desea que acabe la tarea.

Me pareció entender que el Paraíso sólo puede construirse desde dentro, cuando ya se está en él. ■



CASA DE LA LAGARTIJA. CASA LA PITAYA

La casa se encuentra situada en una cañada, formada por el delta del río Pixquiac—entre las ciudades de Xalapa y Coatepec, en un lugar conocido como La Pitaya—, mimetizándose y respetando el ambiente formado por el bosque mesófilo.

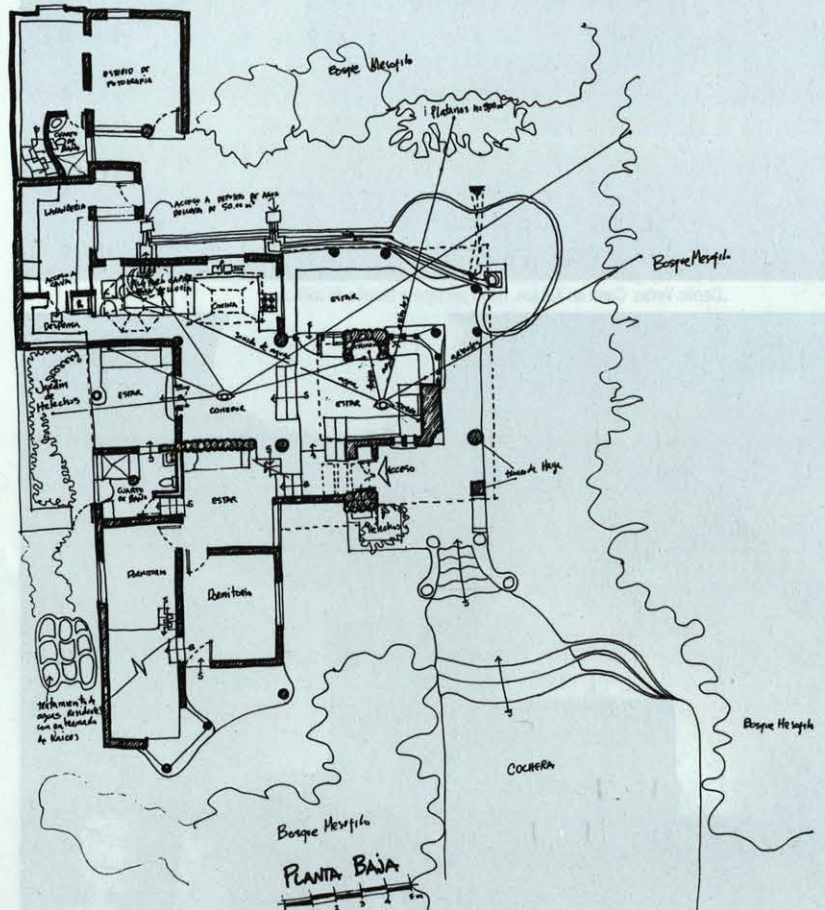
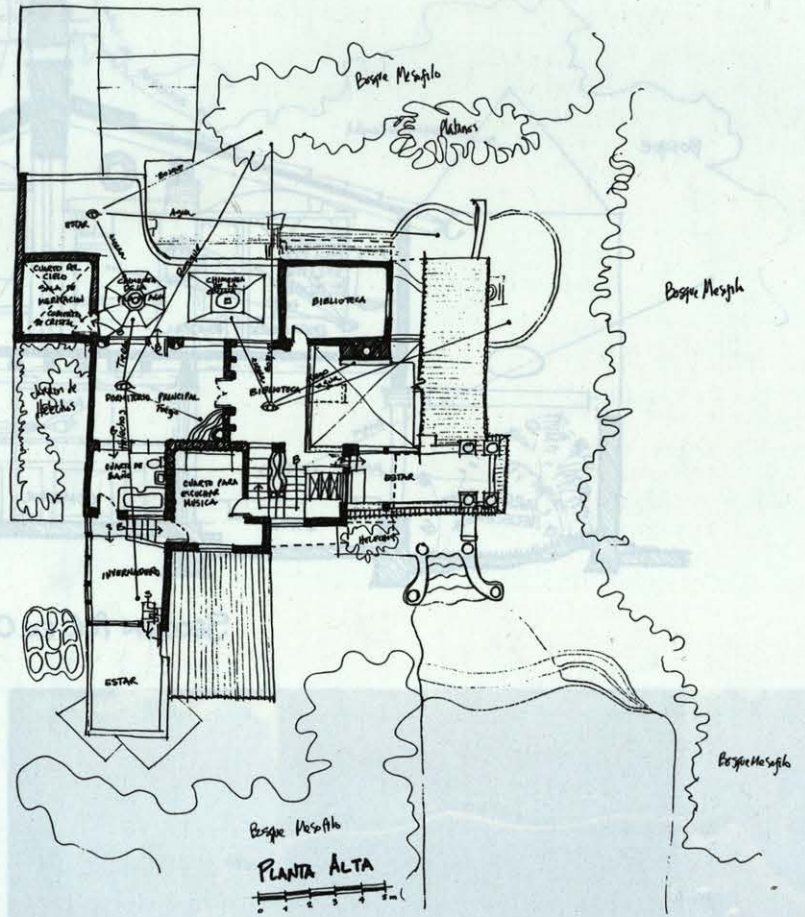
Con respecto a la topografía natural, el diseño gira en torno a una espiral de espacios funcionales distintos, cada uno con su propio nivel y su tipo de techo, unidos por una misma transparencia y atmósfera. El diseño de puertas armoniza en formas y colores con el ambiente, permitiendo que la vegetación penetre visualmente a la casa.

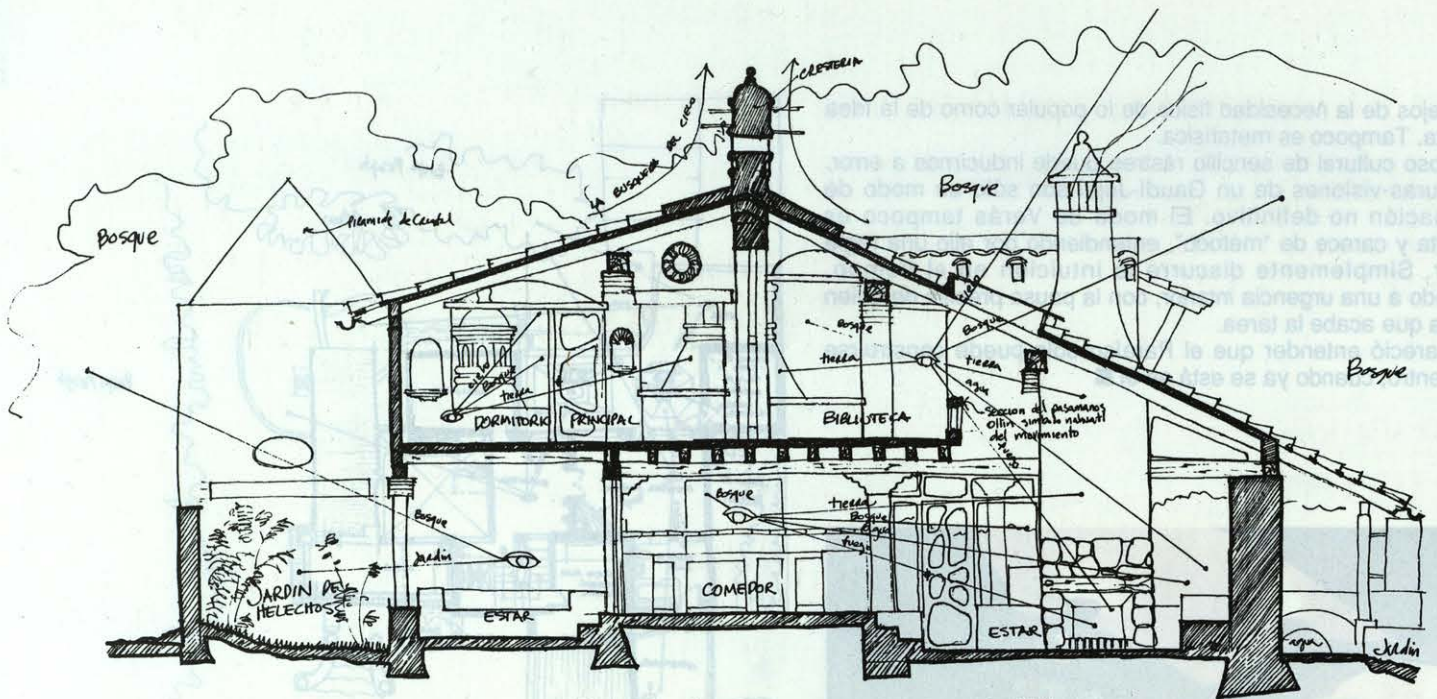
Los muros se van formando con las tierras nativas, como continuación del suelo donde está asentada, y sus acabados van desde los bloques cortados a cincel, donde aparecen texturas en las que se observa el material de construcción, hasta las de barro bruñido. En el interior, algunos detalles se logran utilizando la gama prehispánica de azules y verdes de los murales de Bonampak y Cacaxtla.

Las vigas de madera de las cubiertas tienen las secciones tradicionales de la arquitectura local y el acabado es de barro o cal bruñidos, o manzarán vidriado, logrando la identidad que permite el uso de este lenguaje regional. Estas vigas continúan hacia el exterior formando, junto con la teja vana, los corredores que hacen amable una construcción en un hábitat húmedo y lluvioso como el local. En el exterior, las cubiertas son de teja antigua, aunque hay algunas de manzarán o barro bruñido.

Las condiciones de rusticidad, propias de la zona donde se ubica la casa, permitieron el uso de tecnologías alternativas sustentables: un sistema de canales, una pila de decantación y un tanque de almacenamiento—con capacidad para 40.000 litros— para la captación de agua de lluvia, así como un sistema de tratamiento de aguas residuales utilizando la técnica de entramado de raíces.

DANILO VERAS





SECCION POR EL COMEDOR Y EL ESTAR



Daniilo Veras. Casa en Xalapa. Baño principal y detalle de techos

